

Para una redefinición del neoliberalismo desde una genealogía colonial

For a redefinition of neoliberalism from a colonial genealogy

Emiliano Sacchi*

Fecha de Recepción: 19/10/2021

Fecha de Aceptación: 25/11/2021

Resumen: *Este trabajo surge de una incomodidad respecto a cierta propensión en los debates actuales sobre el neoliberalismo a homogeneizar bajo una misma lógica procesos históricos y geográficos heterogéneos, dando lugar a formas de subjetividad pretendidamente universales. El artículo se divide en cuatro partes. Primero presentamos los rasgos generales de este debate a partir de dos grandes perspectivas, una de herencia marxista y regulacionista y otra foucaultiana. En la articulación de ambas perspectivas, retomamos el planteo de Dardot y Laval sobre el gran giro neoliberal y luego el de Lazzarato sobre la deuda como mecanismo de explotación y gobierno de los individuos y sociedad. En ambos trabajos nos interesa resaltar el carácter universal que adquieren las formas de subjetividad, sean bajo la forma empresa o la relación acreedor/deudor. En un segundo momento ponemos en cuestión el supuesto universalista de estos diagnósticos, que parecen dejar de lado las diferencias y jerarquías raciales, sexo-genéricas, de clase, de nacionalidad, geográficas, que son constitutivas de las formas de ejercicio del poder, de los modos de extracción y explotación y de las subjetividades contemporáneas. Luego, realizamos un somero repaso del archivo neoliberal para demostrar que el problema de la diferencia racial/colonial (que es la que primeramente interesa en este artículo) ha sido una cuestión importante en el discurso neoliberal. Finalmente, proponemos discutir la colonialidad del neoliberalismo como estrategia teórica para comprender las relaciones de los discursos, técnicas y dispositivos neoliberales con aquellas diferencias que permiten*

* Doctor en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (FSoc-UBA). Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), radicado en la Universidad Nacional del Comahue (UNComa). Correo electrónico: emiliano_sacchi@yahoo.com.

distribuir de forma jerarquizada la precariedad, la explotación, el dolor y la muerte. Lo que, a su vez, nos permite señalar del carácter eurocéntrico de las críticas actuales que parten del supuesto universalista de la subjetividad neoliberal.

Palabras clave:

Neoliberalismo – subjetividad – diferencia racial – colonialidad

Abstract:

This work arises from a discomfort regarding a certain propensity in current debates about neoliberalism to homogenize heterogeneous historical and geographical processes under the same logic, leading to supposedly universal forms of subjectivity. The article is divided into four parts. First we present the general features of this debate from two broad perspectives, one of Marxist and regulationist heritage and the other Foucauldian. In the articulation of both perspectives, we review Dardot and Laval's proposal on the great neoliberal turn and then Lazzarato's proposal on debt as a mechanism for the exploitation and government of individuals and society. In both works we are interested in highlighting the universal character acquired by the forms of subjectivity, whether in the Enterprise form or in the creditor / debtor relationship. In a second moment, we debate the universalist assumption of these diagnoses, which seem to put aside racial, gender, class, nationality, and geographical differences and hierarchies, which are constitutive of the forms of exercise of power, of the modes of extraction and exploitation and contemporary subjectivities. Then, we review quickly the neoliberal archive to show that the problem of racial / colonial difference (which is the primary of interest in this article) has been an important issue in neoliberal discourse. Finally, we propose to discuss the coloniality of neoliberalism as a theoretical strategy to understand the relationships of neoliberal discourses, techniques and devices with those differences that hierarchically distribute precariousness, exploitation, pain and death. Which, in turn, allows us to point out the Eurocentric character of current criticisms that start from the universalist assumption of neoliberal subjectivity.

Keywords:

Neoliberalism – Subjectivity – Racial Difference – Coloniality

El gran giro neoliberal: forma empresa y deuda

Este trabajo surge de una incomodidad respecto a cierta propensión en los debates actuales sobre el neoliberalismo que lleva a pensarlo como un fenómeno universal, no solo en el sentido de su actual escala planetaria, sino en tanto mutación de las sociedades contemporáneas que parece homogeneizar bajo una misma lógica procesos históricos y geográficos heterogéneos, dando lugar a formas de subjetividad pretendidamente universales. Es en ese sentido que se suele interpretar al neoliberalismo o, mejor aún al llamado capitalismo neoliberal, como una fase histórica y como una nueva “gran transformación”. Muchas veces estos diagnósticos se realizan desde los países centrales, atendiendo a procesos históricos particulares que tienden a universalizarse de manera acrítica. Para decirlo de otra forma, quizá sea hora de comenzar a “provincializar” el neoliberalismo o, por lo menos, provincializar la mirada europea y norteamericana sobre el neoliberalismo para vislumbrar una heterogeneidad de procesos que subyacen y se ensamblan tras lo que solemos reconocer como rasgos propios de lo neoliberal.

Esta incomodidad no nos lleva a pretender negar la escala planetaria que tienen hoy ciertos discursos, prácticas, dispositivos, patrones de acumulación y formas de regulación, sino a discutir que dicho carácter planetario pueda ser comprendido como un fenómeno homogéneo y explicado a partir de esquemas unilineales y unidimensionales.

En términos amplios, actualmente pueden reconocerse dos grandes perspectivas que pretenden dar cuenta de las raíces y características del neoliberalismo. Una de herencia marxista y regulacionista que hace foco en los regímenes de acumulación y modos de regulación del capitalismo contemporáneo. Otra, de legado más foucaultiano que, en cambio, se ha centrado en la noción de gubernamentalidad y en los modos de subjetividad.

Dentro de la primera perspectiva englobamos una serie de teorizaciones que intentan explicar ciertos rasgos novedosos de las tendencias del capitalismo a escala global que habrían tenido lugar por lo menos desde la segunda posguerra mundial. En los años noventa, David Harvey (1998) ofrecía una de las primeras sistematizaciones

de lo que llamaba las diversas teorías de la transición del capitalismo tras la crisis del fordismo: post-industrial, desorganizado, flexible, eran algunas de sus características. Desde entonces, éstas no han dejado de proliferar. Más recientemente se ha comenzado a hablar de capitalismo cognitivo, semiocapitalismo, producción biopolítica, etc. Estos son solo algunos de los múltiples conceptos que se han formulado para describir estas mutaciones que comenzaron a desplegarse en los años setenta y suponen una gran diversidad de modos de interpretarlas, de explicar sus causas o trazar sus genealogías, de situar sus elementos definitorios y de pronosticar sus tendencias de desarrollo. Los supuestos teóricos, históricos y políticos de cada concepto no son necesariamente compatibles con el resto. Algunos acentúan la continuidad, otros la ruptura. Algunos privilegian las mutaciones productivas, otros las regulaciones. Sin embargo, su misma proliferación da cuenta de la existencia de una mutación del capitalismo que, en términos generales, suele quedar demarcada por un proceso progresivo de financiarización de la producción y por la crisis del trabajo asalariado. Además, existe cierto consenso en situar en torno a los años setenta, más precisamente a partir del abandono del patrón-oro de 1971 y de la crisis del petróleo de 1973, el umbral de esta mutación profunda que habría puesto fin a los treinta gloriosos del boom económico de la posguerra. Tras este período se iniciaron una serie de modificaciones en los regímenes de acumulación, en los modos de regulación, en las lógicas de producción y reproducción y, en consecuencia, una profunda metamorfosis en el mundo del trabajo caracterizada por la flexibilización, la precarización, la heterogeneización, el creciente desempleo y el retroceso de la acción sindical, entre otros elementos.

La segunda perspectiva, en cambio, parte de la hipótesis de trabajo foucaultiana, formulada de forma exploratoria durante el curso de 1978-1979, -es decir, antes de que Margaret Thatcher y Ronald Reagan asumieran el poder en los países centrales, de que la crisis de la deuda obligue a los países latinoamericanos a abrazar los planes de ajuste del FMI y mucho antes del famoso Consenso de Washington. Según ésta, el neoliberalismo es fundamentalmente una “forma de gubernamentalidad” y de “producción de subjetividad”, la racionalidad de gobierno dominante en las sociedades

occidentales desde mediados del siglo XX (Foucault, 2007). El desarrollo contemporáneo de esta hipótesis representó un verdadero desbloqueo epistemológico, ya que supuso dejar de reducir el neoliberalismo a una mera doctrina económica o ideología política, a un conjunto de políticas definidas e idénticas en distintos contextos o, a una “respuesta estructural del capital” frente a la crisis de acumulación de los años 70. La lectura foucaultiana implicaba tomar al neoliberalismo a la vez como un fenómeno mucho más profundo y complejo, desplazando su análisis al campo más vasto de la genealogía de las formas de ejercicio del poder y de producción de subjetividad en Occidente. En ese marco, proponía comprender al neoliberalismo como una racionalización del ejercicio del poder en cuanto práctica de gobierno. Más puntualmente como reflexión y racionalización del arte de gobernar económicamente a la sociedad y a los individuos por medio del modelo de la competencia y la forma empresa: una tecnología de gobierno y una tecnología del yo, cuyo resultado es la producción de las formas de subjetividad competitivas y empresariales contemporáneas: el empresario de sí mismo. En ese sentido, como sugiere Foucault, y han estudiado luego autores como Pierre Dardot y Christian Laval o Wendy Brown, el neoliberalismo no sería una respuesta a una crisis del capitalismo, sino a la crisis de la gubernamentalidad liberal, y por lo tanto su genealogía debe trazarse desde las primeras décadas del siglo XX. Por además, es posible comprenderlo en una historia mucho más larga que la del capitalismo y que va desde la antigüedad, pasando por la pastoral cristiana, hasta las técnicas de transformación del alma por medio de la economía de Margaret Thatcher.

Si bien cada una de estas perspectivas trazan unas genealogías que suponen diferentes periodizaciones y remiten a diversos acontecimientos, ambas parten de concebir lo contemporáneo a partir de una crisis y una consecuente mutación que se habría dado a mediados del siglo pasado. En un caso se trata de una crisis de acumulación y de una mutación productiva, en el otro de una crisis en la gubernamentalidad liberal y su consecuente reprogramación. Son, en ese sentido, irreductibles entre ellas. No obstante, han dado lugar a procesos que no sólo se

superponen sino que se retroalimentan. Y, desde nuestro punto de vista, los aportes más interesantes que intentan dar cuenta de forma multidimensional del neoliberalismo, son los que surgen de articular ambas perspectivas.

Pensamos, por ejemplo, en el abordaje de Dardot y Laval, quienes ponen en relación una serie larga de crisis y reflexiones sobre el arte de gobernar a los individuos y la sociedad en la historia del liberalismo con la serie más corta de las mutaciones que se dieron en el último tercio del siglo XX en los patrones de acumulación y que implicaron el predominio del capital financiero. De modo tal que para estos autores no puede explicarse el éxito y la difusión de las técnicas, dispositivos y racionalidades neoliberales sin comprender su imbricación en el pasaje de las formas de acumulación fordistas-keynesianas a la desregulación y liberalización del nuevo régimen de acumulación financiera. Lo que no implica que este último explique las primeras. Más aún, este pasaje no puede ser interpretado como una reacción endógena del capitalismo sin dar cuenta de la otra serie larga, la de la lucha ideológica contra el Estado Providencia y de los discursos, técnicas y dispositivos económico y sociales cuya función disciplinaria fue obligar a los individuos a gobernarse bajo la presión de la competencia y según los principios del cálculo empresarial maximizador de beneficios. Es precisamente el momento de articulación entre las dos series lo que los autores van a comprender como momento inaugural del neoliberalismo: el giro decisivo. En ese sentido, los autores sostienen que:

hay dos formas de errar en cuanto al sentido del 'giro decisivo'. La primera consiste en hacerlo proceder exclusivamente de transformaciones económicas internas al sistema capitalista (...). La segunda consiste en ver en la 'revolución neoliberal' la aplicación deliberada y concertada de una teoría económica, destacando, como se hace a menudo, la de Milton Friedman. (Dardot y Laval, 2013, p. 194).

De una forma se privilegia una dimensión de reacción estructural y de la otra una

especie de revancha ideológica, que es lo que sucede en los esquemas interpretativos de David Harvey (2007) y Naomi Klein (2011), mientras que Dardot y Laval intentan explicar cómo “la instauración de la norma mundial de la competencia [y la empresa] se operó mediante el entronque de un proyecto político en una dinámica endógena [del capitalismo], al mismo tiempo tecnológica, comercial y productiva” (2013, p. 195). Según este diagnóstico, fue el enlace entre la guerra ideológica contra el Estado como causa de todos los males -que venía resonando desde los años 30- y la crisis del modelo virtuoso del crecimiento fordista a partir de los años 60, lo que dio lugar a partir de los 70 al “giro decisivo” de la hegemonía neoliberal.¹

Quizá quien mejor haya conseguido exponer ese entroncamiento articulando la grilla de la gubernamentalidad y los análisis históricos de las mutaciones del capitalismo fordista haya sido Maurizio Lazzarato en su estudio de la deuda, en tanto ésta se presenta a la vez como mecanismo de explotación propio del capitalismo financiero y como tecnología de gobierno (de los individuos y las sociedades) y de producción de subjetividad (2013, 2015).

Recuperando la genealogía nietzscheano-deleuziana del par deudas/culpa y conjugándola con los análisis subjetivos del crédito que realiza Marx en los *Manuscritos* de 1844, Lazzarato postula que la financiarización de la economía debe interpretarse como “economía de la deuda” y ésta como un dispositivo no sólo de explotación (apropiación por vía del interés de un valor socialmente producido) sino también como un dispositivo de “gobierno tendiente a reducir la incertidumbre de las conductas de los gobernados” (2013, p. 52). Siguiendo la genealogía nietzscheana, hacer del hombre alguien capaz de prometer, es decir, de “honrar sus deudas”, supone la larga historia de las mnemotécnicas de la crueldad que le inventaron una memoria

¹ Habría que agregar también a este diagnóstico, las luchas sociales a escala global de los 60 y 70, desde las luchas obreras en los países centrales, las luchas contra el racismo en Estados Unidos, las luchas de las mujeres por el reconocimiento de su trabajo y las luchas anti-coloniales y anti-imperialistas en los países del Sur, que fueron decisivos en la crisis del pacto keynesiano fordista de pos-guerra. De hecho esto ha llevado a teóricos como D. Harvey (2007) a concebir al neoliberalismo como un proyecto de restauración del poder de clase, o, como sugieren algunos exponentes del operaismo italiano, a comprenderlo como una contra-revolución exitosa (Virno, 2003).

(una interioridad y una conciencia) y sobre todo una memoria del futuro, esas técnicas que lo hicieron “capaz de responder de sí mismo como futuro”. La deuda, entonces, supone una forma de explotación, pero también de subjetivación, una forma de trabajo del hombre sobre sí mismo, de crueldad sobre sí mismo: la producción de una subjetividad deudora y culpable. El crédito explota “la *acción ética y el trabajo de constitución de sí mismo en un nivel a la vez individual y colectivo*” (2013, p. 63). Por lo tanto, la deuda pone a disposición de la valorización financiera no sólo la suma de todas las cualidades físicas e intelectuales existentes en la corporeidad viva (*fuerza de trabajo*) durante un tiempo determinado y a cambio de un salario (*tiempo de trabajo*) sino *todo el tiempo de vida*. Sin embargo, a diferencia de otros teóricos del post-operaismo italiano (Hardt y Negri, 2002; Virno, 2003; Vercellone, 2011; etc.) para Lazzarato, este desplazamiento no deber ser pensado sólo en los términos del capitalismo cognitivo, sino a partir de la deuda y de otra noción del tiempo: la deuda “se apropia no sólo del tiempo cronológico del empleo” sino también del tiempo no cronológico de la *acción*, es decir: de lo que hay de creatividad y de posibilidad de lo nuevo en el obrar humano. El crédito, es en ese sentido, un dispositivo de control del futuro, condena al futuro a pagar los intereses del presente, obtura sus posibilidades indeterminadas, lo clausura y lo pone al servicio de la valorización actual.

Si bien Lazzarato para trazar esta genealogía de la deuda remite a una historia larga, que va incluso, de la mano de Friedrich Nietzsche, al mundo antiguo, en los dos libros que le dedica, ésta se mantiene siempre dentro de los límites de Europa y Estados Unidos, lo que no sería problemático, sino fuera porque a partir de allí pretende llevar su análisis de la deuda como relación de explotación y forma de gobierno a un plano transversal a toda la sociedad y a escala global, lo que resulta evidente en su apuesta a la figura del “hombre endeudado” como forma de subjetividad universal de las sociedades contemporáneas.²

² Habría que agregar, a su vez, que Lazzarato, siguiendo la impronta postoperaísta de su análisis, también hace coincidir la fábrica del hombre endeudado con la crisis y salida del fordismo. En efecto, un supuesto de su análisis es que la relación acreedor/deudor como mecanismo de explotación y de subsunción de toda la vida al capital viene a desplazar la subsunción del trabajo al capital en la relación salarial.

En este punto el análisis de Lazzarato parece coincidir con el de Dardot y Laval. Si en estos últimos el neoliberalismo se presenta como “nueva razón del mundo”, como razón universal que lo subsume todo de forma homogénea bajo su lógica, en Lazzarato la deuda se presenta como dispositivo universal que produce a su vez una forma de subjetividad idénticamente universal. Ya sea que el análisis ponga el acento en los discursos y racionalidades o en los dispositivos y máquinas capitalistas, ambos intentan explicar el funcionamiento de la “fábrica de la subjetividad neoliberal”. Una fábrica que parece ser global, continua y homogénea y cuyo producto, los modos de ser contemporáneos, parecen tener esas mismas características.

Vale recordar que el último capítulo de *La nueva razón del mundo*, lleva por título precisamente “*La fábrica de la subjetividad neoliberal*”. Dos años después de su publicación, aparecerá *La fábrica del hombre endeudado*, el primero de los dos libros que Lazzarato dedica a la genealogía de la deuda y que parece ser en algunas de sus tesis centrales una respuesta directa al trabajo de Dardot y Laval.³

La propuesta de Dardot y Laval es una ampliación, documentación y actualización de la hipótesis foucaultiana del *empresario de sí mismo*. Según Foucault si el *homo economicus* del liberalismo clásico había sido el hombre del intercambio, la equivalencia y el consumo, el del neoliberalismo será el de la competencia y la empresa, el hombre-empresa, aquel que tiene que dar a su propia vida la forma de un capital y administrarla como tal. (Foucault, 2007, p. 182). Según Dardot y Laval el hombre calculador del liberalismo no había conseguido convertirse en una forma de subjetividad hegemónica: el hombre moderno se desdobra como sujeto jurídico y político, como ciudadano y como sujeto económico (cuando no como sujeto de la esfera de las costumbres y la religión):

Por el contrario, el momento neoliberal se caracteriza por una homogeneización del discurso del hombre en torno a la figura de la empresa. Esta nueva figura del

³ Hacemos referencia a los años de publicación de las ediciones originales en francés de ambos libros, 2009 y 2011 respectivamente.

sujeto lleva a cabo una unificación sin precedentes de las formas plurales de la subjetividad que aún dejaba subsistir la democracia liberal y con las que a veces sabía jugar para perpetuar su propia existencia. (Dardot y Laval, 2013, p. 331).

Lazzarato recupera este mismo pasaje del *homo economicus* clásico al neoliberal, pero en vez de seguir a Foucault, como hacen Dardot y Laval, en la tesis de la empresarialización de la existencia, propone que tras dos décadas de hegemonía del capital financiero, la subjetividad de nuestro tiempo, no es el empresario de sí, sino el *hombre endeudado*:

La economía neoliberal es una economía subjetiva, es decir, una economía que requiere y produce procesos de subjetivación cuyo modelo ya no son, como lo eran en la economía clásica, el hombre que intercambia y el productor. En el transcurso de las décadas de 1980 y 1990 ese modelo tuvo su representación en el empresario (de sí mismo) según la definición de Michel Foucault (...) Hoy, cuando las crisis financieras empiezan a sucederse unas a otras, la figura subjetiva del capitalismo parece encarnarse, antes bien, en el “hombre endeudado”. (Lazzarato, 2013, p. 43).

De modo tal que, si para Dardot y Laval la empresa era lo que permitía esa homogeneización sin precedentes de las formas de subjetividad contemporáneas, para Lazzarato lo será la deuda. Esta implica “una relación de poder universal, porque todo el mundo está incluido en ella” (2013, p.39), incluso aquellos demasiado pobres para tener acceso al crédito (ya que deben pagar los intereses de la deuda pública) o aquellos que aún no han nacido (y que pagaran los intereses de los créditos actuales). Esta universalidad supone también una transversalidad, ya que según Lazzarato la deuda atraviesa a todos, sin distinción alguna entre trabajadores y desempleados, consumidores y productores, activos y pasivos, países ricos y países pobres (2013, p. 9).

El supuesto universalista

Sea que la subjetividad se defina en términos de empresa o en términos de deuda, sea que el análisis privilegie la dimensión gubernamental de la crisis o las mutaciones productivas del capitalismo, estos diagnósticos comparten una lectura de lo contemporáneo que lo entiende a partir de su supuesta unidad, transversalidad y homogeneidad. Sin embargo, para nosotros, es válido interrogar hasta qué punto estos rasgos corresponden a nuestro tiempo o son, por el contrario, sesgos del diagnóstico. En efecto, cuando se afirma que existe una unificación sin precedentes de la subjetividad o que la deuda atraviesa a todas sin distinción, es necesario evaluar si son la forma empresa o la relación acreedor/deudor las que no distinguen los sujetos y las poblaciones a las que interpelan, constituyen, gobiernan y explotan o es el diagnóstico el que no logra captar esas diferencias.

¿Quién habla? ¿Quién ve así el mundo? ¿Desde dónde habla y mira al mundo? Pero también, más nietzscheanamente ¿Qué quiere? ¿Qué afirma este modo de ver y decir el mundo? Escribiendo desde el Sur global, pero más aún desde la frontera sur de un territorio pos-colonial, donde el Estado y el capital, mediante el crédito imperial inglés y el genocidio de los pueblos originarios, aseguraron la anexión de esas nuevas tierras como proveedoras de materias primas baratas al mercado mundial, sería como mínimo ingenuo no reconocer que la relación acreedor/deudor tiene una historia marcada por una geografía bien definida, por lo menos, en su forma moderno-capitalista, desde 1492. Lo que supondría también, siguiendo a Aníbal Quijano, un carácter racial.⁴ Y podríamos agregar, siguiendo a autoras como María Lugones, Rita

⁴ Nos referimos a la triple presuposición que existe para Quijano entre el capitalismo, la colonialidad y la raza: “La colonialidad es uno de los elementos constitutivos y específicos del patrón mundial de poder capitalista. Se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular de dicho patrón de poder, y opera en cada uno de los planos, ámbitos y dimensiones, materiales y subjetivas (...). Se origina y mundializa a partir de América. Con la constitución de América (Latina), en el mismo momento y en el mismo movimiento histórico, el emergente poder capitalista se hace mundial, sus centros hegemónicos se localizan en las zonas situadas sobre el Atlántico –que después

Segato y María Mies, que este carácter colonial, implica, a su vez, una dimensión patriarcal.⁵

Lo mismo podríamos decir de la forma empresa, particularmente en tanto ésta, en el entroncamiento entre la racionalidad neoliberal y la crisis del patrón de acumulación keynesiano-fordista, viene a ocupar el lugar de la forma salario y a reorganizar los modos (mediante la individualización, la autonomización y la autogestión) de organizar y controlar los procesos laborales⁶. Pues bien, así como la deuda tiene su geografía y su historia colonial, y está marcada racial y sexualmente, lo mismo hay que decir del salario. En efecto, para Quijano, desde la conquista de América, la *clasificación racial de la población mundial* permitió, por un lado, la identificación del trabajo no remunerado y las identidades racializadas de lxs colonizadxs y, por otro, la percepción del salario como un privilegio blanco. Un privilegio que permitía el acceso a derechos, pero también a un poder de mando y de apropiación sobre el producto del trabajo de otrxs racializadxs. Según Federici esta división permitió construir una cadena global de producción que aún se encuentra vigente y aseguró la reproducción de la fuerza de trabajo en Europa a bajo costo, subvencionada por el trabajo no remunerado de los pueblos colonizados en la provisión de alimentos, productos textiles, minerales, energía, servicios y cuidados baratos sin los cuales la explotación del trabajo asalariado en los países centrales no habría sido rentable (2010). Por lo que es posible hablar de un carácter colonial y patriarcal, racial

se identificarán como Europa–, y como ejes centrales de su nuevo patrón de dominación se establecen también la colonialidad y la modernidad. En otras palabras: con América (Latina) el capitalismo se hace mundial, eurocentrado y la colonialidad y la modernidad se instalan, hasta hoy, como los ejes constitutivos de este específico patrón de poder” (2014, p. 286-287).

⁵ María Lugones, a partir de la interseccionalidad entre raza, clase, género y sexualidad, ha mostrado que la colonialidad del género es inherente a la colonialidad del poder propuesta por A. Quijano (2008). También, puede leerse en este sentido la teorización de Rita Segato sobre el “patriarcado colonial moderno” (2010). Y respecto a María Mies, nos referimos a la situación isomórfica que ocupan la tierra, las mujeres y los pueblos colonizados respecto a lo que ella denomina “los modernos patriarcas capitalistas” (2018).

⁶ En el mismo sentido, Feher sostiene “el capital humano sería al neoliberalismo lo que el trabajador libre sería según Marx al capitalismo liberal, a saber, el sujeto a la vez presupuesto y objeto por parte de las instituciones encargadas de su gobierno” (2007, p. 12).

y sexual, del salario.⁷ El “gran giro” neoliberal visto desde Europa o desde los países donde el pacto keynesiano de posguerra supuso la extensión generalizada (aunque casi siempre masculina) de la forma salarial, puede dar lugar a esa imagen de un pasaje de la figura subjetiva del trabajador/ciudadano al empresario de sí. Visto desde los territorios coloniales, neo o pos-coloniales, donde el trabajo libre, remunerado, regulado y con derecho fue y es un privilegio racializado, donde la ciudadanía siempre estuvo limitado por las fronteras del color, la geografía, la lengua, los hábitos y las múltiples formas de racialización de los modos de ser, ese pasaje no puede ser aceptado sin problematizar sus supuestos.

Ciertamente, estos diagnósticos poco dicen de las diferencias y jerarquías sexo-genéricas, raciales, de clase, de nacionalidad, geográficas, que son constitutivas de las formas de ejercicio del poder, de los modos de extracción y explotación y de las subjetividades contemporáneas y ello plantea un problema. A saber: qué relación tienen los discursos, técnicas, dispositivos y racionalidades neoliberales con estas marcas que pesan como condenas sobre los cuerpos, constituyen modos de ser, segmentan el espacio, clasifican los comportamientos y las poblaciones, fracturan el mundo del trabajo, alienan los derechos y clausuran diferencialmente lo posible. Bien puede sostenerse que los discursos y dispositivos neoliberales interpelan a todxs por igual, a todxs nos exigen devenir empresa, a todxs nos condenan al par deuda/culpa, desconociendo aquellas diferencias y no estableciendo jerarquías. Si fuese así, podríamos decir, que estos discursos y estas técnicas tienen una función más modesta, en todo caso ocultarían y reproducirían esas diferencias, pero no tendrían respecto a ellas un carácter productivo.

⁷ Nos referimos a la noción de “patriarcado del salario” de Federici, que busca describir la desigualdad que se garantizó por medio de la introducción del salario hacia el interior de la familia obrera europea y que le da al varón un poder de mando, de supervisión y de disciplinamiento sobre el trabajo no pagado de las mujeres, sobre su cuerpo y su vida (Federici, 2018). En otro escrito hemos propuesto la necesidad de pensar paralelamente a esta dimensión la colonialidad del salario, que supone una equivalente división jerárquica de poder y de la explotación que se extiende más allá de los confines de lo doméstico, y que se funda no solo en la diferencia sexual sino también en la diferencia colonial y racial donde la violencia está desde su origen siempre de forma latente o explícita.

Las diferencia racial/colonial en el archivo neoliberal

Sin embargo, un somero repaso por el archivo neoliberal demuestra que el problema de la diferencia racial/colonial (que es la que primeramente nos interesa en este artículo) no ha sido una cuestión menor para el discurso neoliberal. Como ha reconstruido Lars Cornelissen, en el contexto de la guerra fría, con las luchas por la descolonización en auge, y el fantasma del socialismo (en sus variopintas formas) acechando en los territorios coloniales, la cuestión colonial y, por lo tanto racial, se transformó en un problema teórico-político de primer orden para los principales referentes de las ideas neoliberales (2020). Particularmente el problema de la organización económico-política de los países que estaban luchando por su independencia y, luego, del entero mundo poscolonial.

Según Cornelissen:

en este período, el problema para el pensamiento neoliberal fue articular una crítica a la autodeterminación (...). Al erigir esta crítica, los neoliberales solían recurrir a una estrategia argumentativa particular: al calificar a la población colonial de “culturalmente subdesarrollada” o “inmadura”, podían afirmar que aún no estaba lista para la autodeterminación, que si se la dejaba libre para autogobernarse sería víctima de la propaganda anticapitalista, destruyendo así sus perspectivas de crecimiento económico (y con ello de civilización). (2020, p. 351).

Esta crítica suponía aprisionar a los pueblos colonizados en el pasado, como pueblos y subjetividades pre-modernos, cuando no pre-históricos. Así Alexander Rüstow, figura fundamental del ordoliberalismo alemán, sosteniendo uno de los principios básicos del racismo eurocéntrico, que entiende la historia, la civilización e incluso la hominización, como un proceso unilineal teleológicamente orientado al estado civilizatorio de la “raza

blanca”, se permitía decir en 1950 que algunos pueblos poscoloniales vivían en la “edad de piedra”. Pero como demuestra el análisis de Cornelissen, esta posición no era privativa de Rüstow, sino que era generalizada en gran parte de los teóricos neoliberales. Wilhelm Röpke usó la misma terminología pétreo para sostener que los pueblos recientemente independizados del poder colonial no reunían las condiciones sociológicas y espirituales para la libertad, el estado de derecho y la democracia. En estas posiciones resuena la clásica idea del racismo liberal de John Stuart Mill, según la cual, no puede haber libertad para los “salvajes” (Cornelissen, 2020, p. 352).

En el contexto histórico de la posguerra, la diferencia racial y colonial entre civilización y salvajismo se inscribió en nuevos términos, estableciendo una jerarquía entre culturas desarrolladas y subdesarrolladas. Según Cornelissen, esta jerarquía fue decisiva para el razonamiento neoliberal cuando se vio obligado a comparar las perspectivas de las naciones recientemente independizadas con las “Western democracies”. Es el caso, por ejemplo, de los diseños constitucionales excepcionalmente restrictivos de los derechos políticos propuestos por Friedrich von Hayek para las eufemísticamente llamadas “nuevas naciones”, caracterizadas, precisamente, por carecer de las tradiciones y creencias necesarias para el autogobierno. Cornelissen también evidencia la importancia que tuvo esta jerarquía entre unas culturas (o directamente razas) supuestamente subdesarrolladas/primitivas y otras civilizadas/desarrolladas en el discurso neoliberal para sostener sistemas de segregación política como el apartheid sudafricano.

Todas estas racionalizaciones evidencian que en la gubernamentalidad neoliberal, no todos los pueblos, no todas las culturas, no todos los sujetos, están preparados para el autogobierno prudente y que por el contrario, este tiene como condición cierto nivel de “desarrollo” cultural y civilizatorio. A Cornelissen le interesa mostrar de esta forma que fue necesario un clivaje racista en el discurso neoliberal para poder oponer desarrollo (económico) y democracia, habilitando las derivas antidemocráticas o directamente dictatoriales del liberalismo en ciertas regiones de mundo. Pero más allá de esta deriva en particular, su examen del archivo neoliberal, da

cuenta de cómo éste está atravesado, de forma constitutiva, por la diferencia racial y colonial. El salvaje, esa alteridad constitutiva de la mismidad moderno-occidental y, también, del humanismo liberal, figura condenada a perecer en la pre-historia del Hombre o a perecer superando su condición pre-histórica para ingresar a la historia del Hombre, reaparece en estos discursos neoliberales como pueblos política, intelectual y culturalmente sub-desarrollados e inmaduros y, por lo tanto, incapaces de gobernarse a sí mismos, es decir, en los términos de la misma tradición liberal, incapaces de constituirse como sujetos.

Se entiende en ese sentido la importancia que tuvo para el pensamiento neoliberal la problemática del “subdesarrollo” entendido en términos de “déficits” de capital humano y las consecuentes estrategias para su “superación” articuladas en torno a la inversión en el mismo.⁸ Es bastante conocido el rol que ha desempeñado el discurso del sub/desarrollo en las políticas globales poscoloniales europeas y norteamericanas, y son conocidas las críticas que se le han realizado; sea desde la perspectiva estructuralista de las teorías de la dependencia, sea desde la perspectiva post-estructuralista como la de Arturo Escobar, que ha intentado cuestionar precisamente los modos en que Asia, África y Latinoamérica llegaron a ser definidas como “subdesarrolladas” y, por consiguiente, necesitadas de desarrollo (Escobar, 2005, p. 18-19). De forma similar, sostiene Mezzadra, la producción del subdesarrollo puede ser leída como “un intento de ‘colonizar el anti-colonialismo’ (Esteve, 2010), de establecer una nueva hegemonía occidental y capitalista ante las condiciones creadas por levantamientos y luchas anticoloniales exitosas” (Mezzadra, 2016, p. 67).

Esta reformulación del problema del sub/desarrollo en el discurso neoliberal implica resituarlo en la historia colonial. La noción misma de “desarrollo” tiene, por otra parte, una larga genealogía ligada a las colonias, a punto tal que el pasaje del verbo

⁸ De hecho, esa misma lógica es la que ha imperado en Argentina desde fines del siglo pasado en la política social, donde hubo un pasaje de una concepción de la pobreza como problema de acceso (a derechos y protecciones sociales) a una concepción de la pobreza como déficit de capacidades (Campana, 2013). Leído a contrapelo, el problema de los pobres de los pueblos subdesarrollados en general, son sus incapacidades, sus déficits.

desarrollo del intransitivo a la forma transitiva se produjo en la legislación británica para las colonias en los años 20 y luego se afianzó en el marco de las luchas anti-coloniales en su sentido actual tanto de cambio sistemático racional, decidido y planificado como de objetivo a ser logrado (Mezzadra, 2017, p. 68). Es en este marco que puede entenderse, en tanto política para (re)colonizar los procesos anti-coloniales, la herencia colonial y racista del neoliberalismo. De los salvajes a los subdesarrollados, pasando por los pueblos inmaduros, los incapaces de gobernarse y más recientemente por el llamado “déficit de capital humano” hay un hilo rojo colonial.

Así en un artículo de Jim Yong Kim, presidente del Banco Mundial, dedicado al problema del “déficit de capital humano”, en el que defiende la importancia de la inversión en el mismo por parte de los países pobres para asegurar el crecimiento y mejorar la competitividad, y en el que da ejemplos históricos de políticas exitosas en ese sentido, puede leerse:

A mediados del siglo XIX, el estado de São Paulo, en Brasil, alentó la inmigración de europeos instruidos en determinados asentamientos. Más de 100 años después, esos mismos asentamientos muestran un nivel educativo más elevado, una mayor proporción de trabajadores en el sector manufacturero frente al agrícola y un ingreso per cápita más alto (Kim, 2018).

Es decir, el proyecto colonial, etnocida y genocida, de remplazo poblacional que se dio en vastas regiones del Cono Sur, es recodificado según el Banco Mundial como una estrategia exitosa para favorecer el desarrollo del capital humano. Vale recordar que los procesos de reemplazo poblacional que suponen, a su vez, la idea implícita de superioridad cultural y racial de la población triunfante, y muchas veces la de la inevitabilidad de la extinción de la identidad del grupo reemplazado o incluso de su extinción física, es uno de los rasgos definitorios de la noción de etnocidio y de las interpretaciones más amplias de la de genocidio (Lenton, 2014, p. 40-42). En términos no muy distintos había defendido Juan Bautista Alberdi (por cierto, uno de los máximos exponentes del liberalismo conservador latinoamericano), en sus *Bases*, el proyecto de inmigración masiva de europeos en Argentina para introducir “el espíritu vivificante de

la civilización europea” y con ella los hábitos de orden, laboriosidad, higiene, educación, todos rasgos (¿del capital humano?) que faltaban desde la mirada racista colonial en los pueblos originarios y en los afrodescendientes que, no obstante, habían asegurado con su trabajo servil y esclavo (con su trabajo vivo), en minas y en plantaciones, precisamente *las bases* del desarrollo capitalista a escala mundial.

Es evidente entonces que el neoliberalismo tiene un claro rasgo colonial y racista. No solo por lo que se desprende de su archivo que se forjó al calor de la disputa con las luchas anticoloniales, sino porque con las racionalidades que se desprenden de ese archivo, operó sobre esas luchas, recolonizando los territorios excoloniales como espacios privilegiados de extracción y experimentación política. Así lo atestiguan los ominosos casos de las dictaduras de Sudamérica de los 70 o la temprana injerencia del FMI y el Banco Mundial en África.

Colonialidad del neoliberalismo

Recuperemos nuestro problema, una vez más. Qué relaciones se pueden vislumbrar entonces entre los discursos, técnicas, dispositivos y racionalidades neoliberales y esas marcas raciales, coloniales y, también, sexo-genéricas, nacionales, de clase, marcas que permiten distribuir de forma diferenciada y jerarquizada la precariedad, la explotación, el dolor y la muerte. Siguiendo la reconstrucción del archivo neoliberal que propone Cornelissen, parece difícil sostener que los discursos y dispositivos neoliberales se dirijan de forma homogénea a una única subjetividad-empresa. El “hombre empresa” no es universal. Dar a la propia vida la forma de un capital, administrarlo, autogobernarse según los principios del *management* y con las técnicas de auditoría, vigilancia y evaluación del *accountability* de sí mismo, en fin, devenir empresa, no es para todos posible, no lo es de la misma forma. El discurso neoliberal, no solo oculta o reproduce esas diferencias, las produce, las recodifica, las rediseña y las gobierna. En su lectura feminista de la deuda, Verónica Gago y Luci Cavallero, proponen una crítica de la figura del “hombre endeudado” de Lazzarato que va en esta misma línea.

Según ellas, más allá de la validez del análisis de la deuda como dispositivo de explotación transversal que por medio de la renta financiera opera extrayendo la producción de lo común, es necesario problematizar el postulado de la subjetividad universal de la relación acreedor/deudor, poniendo de relieve que en su caracterización no se toma en cuenta la diferencia de géneros. Una diferencia que opera de manera múltiple en relación a la deuda, sea produciendo modos particulares de moralizar las formas de vida feminizadas, sea extrayendo unos diferenciales de explotación a través de las estructuras patriarcales de subordinación, sea a partir de una relación específica de la deuda con las tareas de reproducción o por los impactos también singulares que tiene la deuda en relación a las violencias machistas (Gago y Cavallero, 2019:12). Es decir, toda una serie de diferenciales y particularidades que permiten deducir que no hay una relación homogénea ni una subjetividad universal del endeudamiento y que, por el contrario, hacen necesario interrogar la relación acreedor/deudor en relación a la diferencia sexual y de géneros. Lo que, a su vez, puede y debería ser extendido a la diferencia racial y colonial. La deuda no homogeniza esas diferencias, sino que las produce y las explota.

La deuda, en su forma contemporánea, que cae sobre territorios saqueados durante la colonización y convertidos desde entonces en espacios privilegiados de extracción de materias primas y trabajo barato o gratuito; territorios sometidos a una continua acumulación originaria que va desde el genocidio en los socavones de las minas y plantaciones hasta las formas actuales de la acumulación por desposesión, viene a reforzar y al mismo tiempo reconfigurar la *clasificación racial de la población del mundo* que supuso primero la conquista y luego el patrón de poder mundial colonial (Quijano, 2014). La deuda es ella misma una de las formas de la continuidad del sistema colonial por otros medios. Un mecanismo que marca cuerpos y pueblos enteros, que sigue operando como mecanismo de apropiación de tierras y destierro de poblaciones (Tzul Tzul, 2021), como mecanismo de desposesión que lleva, en nuestros países, a millones de personas a la miseria más extrema (Harvey, 2004; 2007) y que adquiere la forma de una guerra planetaria de destrucción de las condiciones de vida de las

poblaciones racializadas poscoloniales. En la historia de los pueblos del sur global, desde América a África, la deuda siempre ha operado como una “pos-vida” de la esclavitud, del trabajo servil, de la colonia (Ferrer-Núñez y Dávila Roldán, 2021). Desde los primeros procesos revolucionarios, cuyo paradigma es Haití, la deuda persistentemente ha venido como contraparte de la independencia, o mejor dicho, como mutación del gobierno colonial. Como ya dijimos, sería ingenuo no reconocer esta genealogía y esta contemporaneidad en la que se inscribe la relación acreedor/deudor. En ese sentido, es posible recuperar la tesis de Nancy Fraser (2020, p. 93-116), quien ha propuesto recientemente y a partir de una lectura de la larga tradición del *Black Marxism* norteamericano, la necesidad de repensar las relaciones entre capitalismo y racismo. Según ella, se puede reconocer una base estructural que explica el vínculo perenne entre el capitalismo y la opresión racial a partir de la distinción luxemburguiana (1968) de los procesos de “explotación” (del trabajo libre) y “expropiación” (confiscación violenta o no de capacidades y recursos) y de su respectiva asignación a diferentes poblaciones divididas por la línea del color en el “sistema-mundo capitalista”. Lo interesante de este esquema es que expone como en los diferentes regímenes racializados de acumulación que componen la historia del capitalismo, siempre fue necesaria la producción, como mínimo, de dos formas de subjetividad. Por un lado la figura del *trabajador-ciudadano explotable blanco* y, del otro, *el sujeto dependiente racializado expropiable*, que es condición del primero. Con algunas diferencias que no vienen al caso, este esquema es compatible con la lectura de Quijano del sistema mundo moderno colonial. Sin embargo, para Fraser, en la actualidad el capitalismo tiende a desdibujar y a hibridar los procesos de explotación/expropiación, lo que, a su vez, llevaría a que deje de asignar cada uno de ellos a sectores diferenciados de la población y a producir las figuras subjetivas respectivas. Situación que, para la autora, se explica por el desplazamiento de la explotación industrial desde el otrora centro a la semi-periferia del sistema-mundo capitalista y, sobre todo, por la proliferación de la deuda a escala global, que lleva a una universalización de nuevas formas de *expropiación*, que afecta ahora no sólo a lxs sujetxs racializadxs

tradicionales, sino también a quienes gozaban de su condición de ciudadanxs-trabajadorxs libres. Llamativamente, esto lleva a Fraser a concluir que el capitalismo financiarizado “parece estar disolviendo la base estructural de la opresión racial que se mantuvo en la sociedad capitalista durante cuatrocientos años” (2020, p. 95).

Para nosotros, este corolario otra vez repite el gesto de la universalización. Si bien parte de reconocer la historia racial/colonial del capitalismo, entiende al neoliberalismo como momento de unificación, tanto de las formas de explotación/expropiación como de las formas de subjetividad que ellas implican. Quizá, de esa historia de los regímenes de acumulación racializados, podría inferirse el corolario inverso: en la actualidad nos encontramos frente a una ampliación extensiva de la racialización a capas cada vez mayores de la población como condición de su expropiabilidad. La precariedad, la informalidad, la ausencia de derechos y protección, la exposición a la muerte que caracterizan al trabajo y las formas de existencia contemporáneas, no hacen estructuralmente menos necesaria la llamada “opresión racial”. Por el contrario, hacen necesaria una racialización cada vez mayor de poblaciones, regiones y modos de vida. En todo caso, si hay una universalización, es como sostiene Mbembe una tendencial universalización de la condición negra que pesa sobre las humanidades subalternas. Es decir, la raza, la condición negra, no tiende a desaparecer, sino que se vuelve el carácter difuso de esas humanidades (2016:30-32). Esas que en un mundo cada vez más escandalosamente desigual son racializadas como condición de su devenir poblaciones expropiables, desechables, eliminables. La raza sigue siendo un operador estructural de la extracción de diferenciales de poder y valor. Basta mirar cómo se distribuyen a escala global los roles de acreedor y deudor en las deudas públicas y externas o mirar cómo se distribuyen y modulan las tasas de interés según las marcaciones racializadas y de clase que atraviesan el espacio urbano globalizado, para comprender no sólo como la deuda opera sobre esas diferencias, sino que las explota y produce.

Ya sea que hablemos de la universalidad del hombre empresa, ya sea la del hombre endeudado, lo que subyace como supuesto de ambas figuras, es la universalidad

del *homo economicus* postulada por la propia racionalidad neoliberal. Pero como ha señalado la crítica feminista de la economía neoliberal, la figura del *homo economicus* lejos de ser universal remite a los supuestos del sujeto que enuncia esa misma teoría: economistas varones, europeos y estadounidenses, blancos, adultos, de clases acomodadas. En ese sentido, Diana Strassman afirma que

la concepción de la personalidad y la agencia individual de la teoría económica son típicas de las tradiciones culturales occidentales, además de ser claramente androcéntricas. El hombre económico es el héroe romántico occidental, un individuo trascendente capaz de tomar decisiones y alcanzar metas. (1993, p. 61).

Es decir, el *homo economicus* neoliberal, en tanto proyección de un saber histórico, geográfico y culturalmente situado, se supone varón, blanco, CIS, heteronormado, joven, “sano”, autónomo: no es mujer, no es negrx, latinx, migrantx, trans, indix, ni niñx, ni ancianx, ni sufre de ninguna enfermedad. Esas son las condiciones supuestas del comportamiento “racional” y maximizador de beneficios (individuales) de este sujeto que participa en el mercado, compite, trabaja y genera ingresos.

Este pasaje de lo particular a lo universal es un elemento central de lo que la crítica decolonial ha llamado la “colonialidad del saber”. Y esta colonialidad no es propia del *homo economicus* neoliberal, sino que hereda ese rasgo del *homo economicus* liberal moderno. En efecto, fue a partir de las concepciones liberales del individuo y de la riqueza que se ha universalizado el modelo del individualismo posesivo como forma natural del sujeto moderno y como criterio normativo para toda otra experiencia histórico-cultural (Lander, 2007, p. 172).

Según Quijano, este modelo de conocimiento eurocéntrico tiene sus raíces en la separación cartesiana entre razón y cuerpo/sujeto y objeto:

Sin esa “objetivización” del “cuerpo” como “naturaleza”, de su expulsión del ámbito del “espíritu”, difícilmente hubiera sido posible intentar la teorización “científica” del problema de la raza, como fue el caso del Conde de Gobineau durante el siglo XIX.

Desde esa perspectiva eurocéntrica, ciertas razas son condenadas como “inferiores” por no ser sujetos “racionales”. Son objetos de estudio, “cuerpo” en consecuencia, más próximos a la “naturaleza”. En un sentido, esto los convierte en dominables y explotables (Quijano, 2014, p. 805-806).

Estos debates en torno a la colonialidad del saber y del poder vienen señalando desde hace varias décadas la necesidad de reconocer la “diferencia colonial” y su centralidad en la constitución del capitalismo, la modernidad y en el mundo contemporáneo. Una genealogía del neoliberalismo, que lo presenta como producto de una crisis de la gubernamentalidad liberal y de una crisis del patrón de acumulación fordistas-keynesiano y que no interroga el carácter colonial de estos últimos, está condenada a arrastrar ese carácter eurocéntrico en su crítica de la actualidad. Por lo tanto, una crítica de la subjetividad neoliberal debería partir por poner en cuestión, problematizar y deconstruir esta auto postulada universalidad. Las críticas de los discursos, técnicas, dispositivos y racionalidades que asumen este rasgo universal, que no interrogan como se articulan aquellas con las diferencias de raza, sexo, género, clase, nación, que no problematizan la colonialidad del neoliberalismo, corren el riesgo de quedar presas de las mismas racionalidades que pretenden criticar. De alguna forma reiteran el gesto colonial y patriarcal: siguen hablando de un sujeto en torno al cual gira el mundo, pero en el lugar del mismo solo está el punto ciego de la mirada eurocentrada.

Referencias bibliográficas

- Campana, Melisa (2013). Para una lectura crítica del desarrollo humano. *Revista Andes*, 24, Salta, IICSyH, pp. 299-323.
- Dardot, Pierre y Laval, Christian (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. (Alfonso Diez Trad.). Gedisa.
- Cornelissen, Lars (2020). Neoliberalism and the racialized critique of democracy, *Constellations*, 27 (3), pp. 348-360.

- Escobar, Arturo (2005). El 'postdesarrollo' como concepto y práctica social (pp. 17-31). En Mato, Daniel (coord.), *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*, Universidad Central de Venezuela.
- Federici, Silvia (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. (Verónica Hendel Trad.). Traficantes de Sueños.
- Federici, Silvia (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. (María Aránzazu Catalán Altuna Trad.). Tinta Limón.
- Feher, M. (2007). S'apprécier, ou les aspirations du capital humain. *Raisons politiques*, N° 28, París, Presses de Sciences Po.
- Ferrer-Núñez, S. y Dávila Roldán, Z. (2021). "Nosotras contra la deuda". En Federici, Silvia, Gago, Verónica y Cavallero, Luci (eds.) *¿Quién le debe a quién? Ensayos transnacionales de desobediencia financiera*. Tinta Limón.
- Foucault, Michel (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. (Horacio Pons Trad). Fondo de Cultura Económica.
- Fraser, Nancy. (2020). *Los talleres ocultos del capital*. (Juan Mari Madariaga y Cristina Piña Aldao Trads.). Traficantes de sueños.
- Gago, Verónica y Caballero, Luci (2019). *Una lectura feminista de la deuda*. Tinta Limón.
- Harvey, David (1998). *La condición de la posmodernidad Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. (Martha Eguía Trad.). Amorrortu.
- Harvey, David (2004). *El nuevo imperialismo*. (Juan Mari Madariaga Trad.). Akal.
- Harvey, David (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. (Ana Varela Mateos Trad.). Akal.
- Kim, Jim Yong (2018). "El déficit de capital, humano", Banco Mundial, Julio/Agosto. Disponible en:
<https://www.bancomundial.org/es/news/opinion/2018/06/18/human-capital-gap>
- Klein, Naomi (2011). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidós.

- Lander, Eduardo (2007). Diálogos a través del atlántico sur: saberes hegemónicos y saberes alternativos. *Cuadernos de Historia*, N° 9, Córdoba, CIFYH-UNC, pp. 171-182.
- Lazzarato, Maurizio (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. (Horacio Pons Trad.). Amorrortu.
- Lazzarato, Maurizio (2015). *Gobernar a través de la deuda. Tecnologías de poder del capitalismo neoliberal*. Amorrortu.
- Lenton, Diana Isabel (2014). “Nuevas y viejas discusiones en torno a la aplicabilidad del concepto de genocidio en la historia de las relaciones entre el genocidio y los pueblos originarios” (pp. 32-51). En AAVV, *Prácticas genocidas y violencia estatal en perspectiva transdisciplinar*, IIDYPCA-UNRN.
- Lugones, María (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, (9), julio-diciembre, pp. 73-101.
- Luxemburgo, Rosa (1968). *La acumulación del capital*, Germinal. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/luxem/1913/1913-lal-acumulacion-del-capital.pdf>
- Mbembe, Achille. (2016). *Crítica de la razón negra*. (Enrique Schmukler, Trad.). Caja Negra.
- Mezzadra, Sandro y Neilson, Brett (2016). *La frontera como método. O la multiplicación del trabajo*. (Verónica Hendel, Trad.). Tinta Limón.
- Mies, M. (2018). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Traficantes del Sueños.
- Negri, Antonio y Hardt, Michael (2002). *Imperio*. (Alcira Bixio, Trad.). Paidós.
- Quijano, Aníbal (2014). *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. CLACSO.
- Segato, Rita (2010). Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial. En Quijano, Aníbal y Mejía Navarrete, Julio (eds.): *La Cuestión Descolonial*. Universidad Ricardo Palma.
- Strassman, Diana (1993). Not a Free Market: The Rhetoric of Disciplinary Authority in Economics. En Ferber, Marianne y Nelson, Julie (eds.) *Beyond Economic Man*:

Feminist Theory and Economics. University of Chicago Press.

Tzul Tzul, Gladys (2021). “La tierra: fuente de sustento y espacio del futuro. Luchar contra la deuda hace parte de la lucha por la tierra”. En Federici, Silvia, Gago, Verónica y Cavallero, Luci (eds). *¿Quién le debe a quién? Ensayos transnacionales de desobediencia financiera*. Tinta Limón.

Vercellone, Carlo (2011). *Capitalismo cognitivo. Renta, saber y valor en la época posfordista*. (Vladimiro Verre y Anaïs Roig Trads.). Prometeo.

Virno, Paolo (2003). *Gramática de la multitud: para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. (Adriana Gómez Trad.). Traficantes de sueños.